



**25-DIC
MISA DEL DÍA**

**EN LA
ENCARNACIÓN,
DIOS SE HA
FUNDIDO
Y CONFUNDIDO
CON LO HUMANO.**



Juan 1,1-18

**El Verbo de Dios
se hizo carne
y habitó entre
nosotros, y hemos
visto su gloria.**



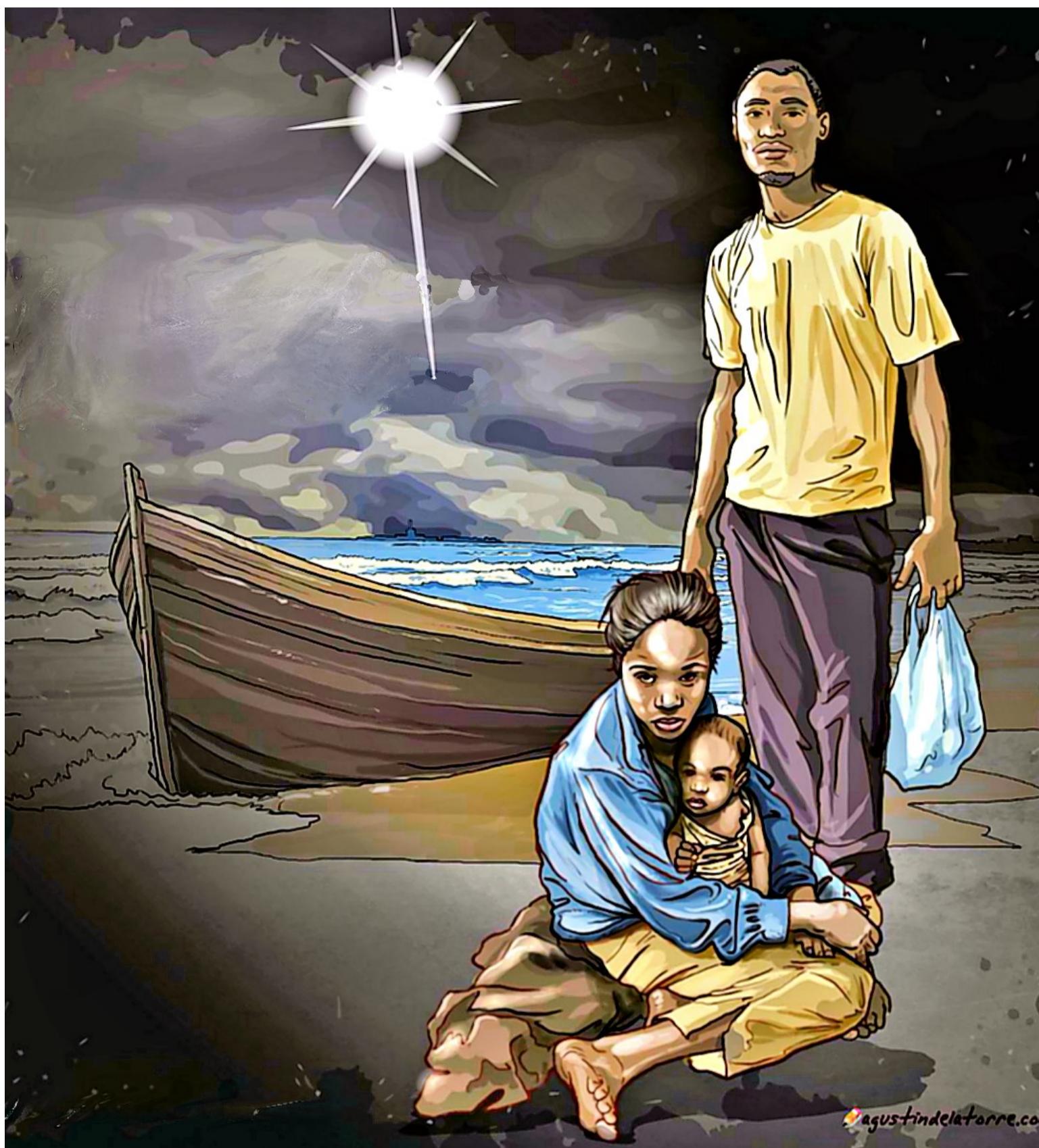
Dios se ha hecho visible en Jesús. En Jesucristo, en sus palabras, sus obras y su vida toda, en su muerte y gloriosa resurrección, podemos ver la Palabra de Dios. Una Palabra que invita a ser acogida con fe y amor y que, por eso, nos da esperanza. Una Palabra que se deja tocar. La Palabra definitiva que viene del Padre para unirse a nuestra humanidad y salvarla.



Al hacerse carne humana como la nuestra, la Palabra de Dios, Dios mismo, manifiesta el gran amor que nos tiene y que, al contrario de nuestros amores, es incondicional. Este amor de Dios busca nuestra respuesta, pero no está condicionado por nuestra respuesta: nos ama a pesar de todo. Si acogemos el amor de Dios experimentaremos la alegría de ser hijos de Dios.



Los hijos son también herederos. La herencia de los hijos de Dios es la bienaventuranza eterna, la felicidad estable y sin fin que Dios prepara para todos los que le aman. En la encarnación, Dios se hace hombre para que el hombre pueda ser hijo de Dios; Dios se hace hombre para abrirnos el camino de la bienaventuranza.



Con la encarnación, Dios que es inaccesible, vino a nosotros haciéndose uno de nosotros para que pudiéramos conocerlo. Y, a la vez, nos ha mostrado el modo de ser humanos. Jesús, nuestro hermano mayor, es el modelo que Dios nos envía, para que aprendamos a ser hijos de Dios y verdaderamente humanos, hermanos unos de otros.

Para ser hijo de Dios
no hay que escapar
de nuestra
humanidad...



sino vivirla
desde el amor
y para el amor.